



Usos del cuerpo y del dolor en prácticas extremas

Mirna Zárate

Antropología física
Escuela Nacional de Antropología e Historia
mirnarichelle@hotmail.com

“Nosotros los hombres modernos, gracias a la complicada mecánica de nuestro "cielo estrellado", estamos determinados por morales diferentes; nuestras acciones brillan alternativamente con colores distintos, raras veces son unívocas, y hay bastantes casos en que realizamos acciones multicolores.”

Nietzsche, Más allá del bien y del mal.

El cuerpo es el eje del ser humano, ya que sin él no existiría. Hablar del cuerpo resulta muy complejo, pues no podemos limitarlo a la imagen de una maquinaria perfecta, capaz de realizar trabajos muy sofisticados en condiciones normales. Ya que está totalmente compenetrado con factores sociales, culturales, psicológicos y personales, se encuentra proyectado hacia el mundo.

Marcel Mauss fue el primer antropólogo en hablar sobre “las técnicas corporales”, y las definió como el modo en que los hombres en las distintas sociedades se sirven de sus propios cuerpos, de acuerdo con sus tradiciones y cultura. Tras la revisión de numerosos estudios desarrollados principalmente en sociedades tribales, llegó a la conclusión de que cada sociedad y grupo social tiene deseos y hábitos distintos, que llevan a las personas a utilizar diferencialmente sus cuerpos; dichos hábitos más que variar entre individuos varían entre culturas, sociedades, subculturas, etc. A partir de estas reflexiones, el cuerpo aparece como el primer y más natural instrumento del hombre, objeto técnico del que se sirve para expresarse, identificarse y diferenciarse en una sociedad. El cuerpo posee una espacialidad, ocupa un lugar físico determinado en relación con el mundo, y de esta manera se encuentra en acción con todo lo que está a su alrededor. Así, las posturas corporales nos sitúan frente a la mirada del otro, definiéndonos y respondiendo de acuerdo a los parámetros mediante los cuales se nos interprete.

Nuestro cuerpo es portador de signos. No sólo se expresa a partir de la manera en la que lo vestimos y decoramos, sino también mediante rasgos como la edad, el sexo al que pertenecemos, el color y textura de la piel, la fina expresividad del rostro, los gestos públicos, en suma, todo aquello que acompaña nuestra intimidad aunque no lo queramos. Cada uno vive ante todo de piel para adentro, mientras que para los demás lo accesible es la superficie, de la piel hacia afuera.[1]

Un ejemplo claro de estas definiciones es el uso del cuerpo en la modificación corporal. La anatomía de la especie humana no ha sufrido modificaciones en los últimos milenios, pero la imagen cultural exigida en cada época y cada lugar, sí ha sido diferente. “La tendencia a alterar los caracteres naturales de algunas partes del cuerpo, es una de las características comunes a la naturaleza humana en todos los estados que nos son conocidos”.[2]

Esta tendencia a la modificación corporal es evidente en muchas culturas del mundo, ya que se ha practicado desde tiempos muy remotos. Muchas poblaciones hacen uso de su cuerpo mediante la adhesión de marcas, ya sea para identificarse, diferenciarse, estilizarse, ser aceptados al interior de la comunidad, crear distinciones de poder o valentía, etc. Sea cual sea el significado que se le de a estas prácticas, el cuerpo en todos los tiempos ha sido sometido con el fin de darle un sentido, un valor, un lugar en el mundo. De esta forma, cada cultura inserta en el cuerpo sus valores, costumbres, creencias y cánones de belleza, lo que hace a una cultura única, diferente de las demás.

La mayoría de las alteraciones corporales están asociadas directamente con el dolor, el cual, además de ser un estímulo bioquímico que se produce por el sistema nervioso, es una percepción significada, que requiere de interpretación.

Para dar lugar a estas experiencias, hay que tomar en cuenta que existen varios elementos en el cuerpo que nos hacen vivirlo como una estructura biosocial. Vale la pena mencionar que el cuerpo tiene distintas dimensiones, en las que se dan diversos procesos que nos conforman como individuos. Así se podrá entender mejor cómo es que los sujetos hacen uso de su cuerpo mediante estas prácticas.

Partimos de un esquema corporal, el cual se define como la imagen tridimensional que todo el mundo tiene de sí mismo. Por medio de este esquema, podemos conocer la relación que guardamos con el espacio de los objetos y las personas, lo que nos permite reconocernos a nosotros mismos. Al realizar alteraciones en el cuerpo, este esquema puede modificarse; ejemplo de dicho proceso son las deformaciones craneales o aquellas que provocan las llamadas “mujeres jirafa” de Birmania, quienes se anillan el cuello para alargárselo. En estos casos la estructura anatomofisiológica se modifica, al igual que la relación de sus cuerpos con los objetos del espacio y con los individuos que interactúan.

La imagen corporal es otra dimensión que construimos a través del reconocimiento inconciente con los otros; no es perceptible a simple vista, sino a través de sus proyecciones. Dicha imagen se compone de la historia de vida y la síntesis emotiva. Por medio de la modificación corporal los individuos proyectan mucho de su imagen; se muestra parte de su historia, una representación propia de cómo se percibe el entorno y una serie de emociones que los han llevado de una u otra forma a marcar su cuerpo.

Estas proyecciones de la imagen pueden verificarse físicamente en la postura, pues es aquí donde se encuentra el nivel de expresión. En ella se graban y expresan todas las intervenciones, entre las que se encuentran los tatuajes, las perforaciones, escarificaciones, implantes, cirugías, entre otras.

La imagen y la postura sirven para leer lo que el sujeto comunica, información sobre su inclusión en un clan, subcultura, rango de edad, estatus, linaje, etc. Todo lo que el individuo comunica lo denominamos “modo del ser del cuerpo”, el cual pertenece a la dimensión del cuerpo vivido, es decir, del estar en el mundo sin pensarlo, del ser en sí. Los tatuajes, los piercings, las suspensiones, entre otras prácticas, forman parte del modo de ser de cada individuo, la manera en que viven sus cuerpos. El hecho de que distintos individuos tengan las mismas marcas no significa que hayan vivido las mismas cosas, sino que expresa la manera en que cada uno piensa y siente su cuerpo.

Merleau-Ponty, desde una perspectiva fenomenológica del cuerpo vivido, afirma que el cuerpo es el punto de referencia a través del cual se articula el mundo, en donde se pone en juego toda la constelación de relaciones subjetivas e intersubjetivas del ser humano en la sociedad. Desde esta perspectiva, el cuerpo es el campo primordial donde confluyen y se condicionan todas las experiencias, las situaciones vividas, por lo que éste se nos va haciendo cada vez más personal.[3]

También es importante hablar del cuerpo percibido, el cual se construye culturalmente y se experimenta cuando el individuo articula su mundo interior con el exterior. Cuando un individuo modifica su cuerpo, se encuentra influido por su entorno, pues en muchos casos responde a una exigencia cultural. En el caso de los individuos de la posmodernidad, se puede pensar que la modificación corporal es considerada necesaria para revivir una experiencia iniciática olvidada por las sociedades industriales, agobiadas por la tecnología y los medios masivos de comunicación, aunque hay quienes están en contra de estas prácticas por considerarlas transgresivas, exóticas y primitivas. Esta es una de las causas por las que hoy en día muchos aficionados a la modificación corporal son estigmatizados. Bajo dichas condiciones se tiene una percepción diferente de la alteración corporal dependiendo el entorno, la situación y la temporalidad en la que se realice.

Otra categoría importante que forma parte del proceso de construcción del cuerpo es la dimensión del cuerpo interpretado. Se habla de él, cuando se le ponen palabras a la percepción, es decir, cuando el signo produce una significación. De esta forma las marcas corporales y el dolor pueden fungir como signo de valentía, como un juego, como un medio para alcanzar el éxtasis, como signo de honor, etc. Las interpretaciones van cambiando dependiendo del contexto y la circunstancia. Estas interpretaciones llevan a darle primero un signo y un significado a la modificación corporal, que deriva de manera directa en la adscripción a una identidad ya sea individual o colectiva, que a su vez servirá para expresarnos por medio de nuestro cuerpo y comunicarnos con los demás.

En la mayoría de los casos, la modificación corporal lleva consigo una vivencia del dolor, puesto que “el dolor es el único estado de consciencia que no dispone de un contenido al referirse fuera del espacio corporal.”[4] Esto lo hace a su vez una experiencia única. El dolor se vive únicamente en el cuerpo, biológicamente se presenta como una sensación que se asocia normalmente con una lesión en los tejidos. En la

modificación corporal se experimenta un dolor agudo, el cual suele actuar como señal de alarma que nos avisa de una lesión súbita en la superficie del cuerpo provocada por la penetración mayor o menor de objetos externos (generalmente punzocortantes), que son los instrumentos con los que se modifica el cuerpo. El simple hecho de comenzar a sentir dolor altera la habitualidad del cuerpo, lo que también produce un cambio en el esquema corporal.

El dolor también es un valor sensorial en estas prácticas, mismo que no se puede ver ni describir; pero también ayuda a construir la imagen corporal del individuo, ya que podemos percibirlo y tener idea de lo que pudo sentir la persona, principalmente mediante la asociación con experiencias personales. El dolor lo percibimos desde la gestualidad del individuo. La experiencia es muy distinta en cada persona, ya que se trata de una vivencia única e individual; sin embargo, aunque no podemos compartir junto con un individuo su sufrimiento o su dolor, si podemos tener una idea aproximada de lo que siente y su grado de intensidad, principalmente mediante sus expresiones y nuestras experiencias previas. Esto nos lleva a darnos cuenta de que el dolor es experiencia sólo de un ser vivo. “Abolir la facultad de sufrir sería abolir la condición humana.”[5]

El dolor es una de las razones por las que estas prácticas se han considerado importantes en muchas culturas, ya que este adhesivo da como resultado una significación particular a todo el rito. Es importante destacar una diferencia que se da en estas prácticas corporales, ya que en el caso de las suspensiones la marca que se deja en el cuerpo no es tan importante, sino que es el dolor es el que se lleva toda la significación. En cambio, cuando se trata de marcas corporales, se pasa por el dolor en todo su momento, siendo lo que trasciende en el individuo la marca o la transformación final del cuerpo, que le dará un fin decorativo o identitario.

Como sabemos, el significado de estas prácticas ha ido cambiando conforme a la cultura y a la temporalidad, así como la percepción del dolor, por lo que nuestra imagen corporal ayudará a determinar la manera en que vamos a vivirlo, tomando en cuenta la información que posee el individuo. Además, el dolor como creación psicosocial es algo que no sólo experimentamos como individuos, sino también como miembros de una cultura o subcultura. Cada cultura conforma y modifica decisivamente la experiencia del dolor, dependiendo del contexto y el tiempo en que se viva.

En los grupos primitivos donde se practicaban ritos de modificación corporal, sus rituales cumplían también con mecanismos que inducían a la transformación de la conciencia. Una transformación de la conciencia puede ocurrir por varios medios. Después de estudiar distintos rituales, el antropólogo Alan Morris concluyó que existe un vínculo entre el dolor y el sacrificio, por lo que varias culturas incluyen en sus ritos y ordalías de iniciación este elemento, ya que marca a los individuos. El dolor se considera entonces una especie de túnel a través del cual se pasa de un estado a otro; así, los elaborados tatuajes que diseñaban en sus cuerpos las tribus primitivas servían para inscribir mediante el dolor un conocimiento tribal, que además integraba al individuo en un orden social.

Existe un complejo rito, denominado “festival okipa”, practicado por los mandans de Norteamérica, que incluye la práctica que conocemos como suspensiones. Este ritual ponía en escena un dolor extremo que daba cuenta de la alta estima que daba esta cultura a la pertenencia e integración de su comunidad. Después de una

preparación, los jóvenes eran sujetados con ganchos que les atravesaban la piel, luego se suspendían por medio de sogas y los hacían girar hasta perder el conocimiento; a su alrededor, los demás individuos oraban por ellos, expulsaban a los espíritus malignos, pedían que no faltaran búfalos y que infundieran valor a los jóvenes iniciados para resistir hasta el final.[6] En este contexto, el dolor es un instrumento de fuerza. No es coincidencia que el dolor propende a calificar el episodio de iniciación como algo inolvidable. También es observable aquí el uso que se le da al dolor, al señalar de este modo la pertenencia de los individuos a su grupo, dando así un uso distintivo y simbólico.

Como lo mencioné anteriormente, hay diferentes usos sociales del dolor, como consecuencia de la construcción que se hace de él a través del tiempo. El dolor se vive diferencialmente en cada cultura y cada momento, por lo que sus interpretaciones se van modificando. La historia nos ofrece ilimitados ejemplos que ilustran que el dolor no es sólo un hecho biológico, si no una experiencia en busca de interpretación. En la época de la esclavitud, a los negros se les consideraba como objetos, por lo tanto no sentían ni deseaban nada, los castigos dolorosos eran el medio de disciplina y control. El dolor significaba obedecer y era por lo tanto merecido. De este modo se tenía la creencia de que el primitivismo era un estado libre de dolor y por lo tanto estas tribus no sufrían los trastornos de las razas blancas. En el proceso de civilización se ha ganado una intensidad a sentir dolor. El salvaje no sufre el dolor como el civilizado.

De esta manera, podríamos explicarnos cómo era la vivencia ante el dolor en un rito que involucra la alteración corporal en los estados primitivos. Esta construcción del dolor formaba individuos fuertes y resistentes, sobre todo porque esta resistencia les iba a dar valor y valentía para poder convivir con su cultura; puede ser posible que por estas razones se haya recurrido a la realización de este tipo de ritos tan extremos.

Otro ejemplo histórico lo encontramos en la Edad Media, cuando la concepción cristiana reinaba en todo su esplendor. Este pensamiento promovía la idea del cuerpo como templo sagrado de Dios, de tal forma que no se podía disponer de él ni modificándolo, ni maltratándolo, ni sometiéndolo a excesos. Bajo esta concepción, el hombre no tiene ni voz ni voto. Antes de la caída del hombre, este contaba con una gracia divina; a pesar de que era un ser concupiscente[7] y mortal, el creador le otorgaba el don de apartarlo del pecado y de la muerte. El pecado cometido por Adán y Eva le retiró ese don de gracia, convirtiéndolo en lo que era por naturaleza: "concupiscente y mortal". Más aún, la culpabilidad se extendería a toda su descendencia y todos compartirían su falta, ya que habrían pecado en él. El hombre habría pues cometido un pecado original alzándose contra el orden establecido por Dios. Este pecado se hizo hereditario y se convirtió en un estado: peccatum habituale, el de la esclavitud del hombre con respecto a la concupiscencia y la muerte.

Esto provocaría a su vez que el hombre pasara de la eternidad a la temporalidad, quedando destinado a la muerte. Entonces, para que el hombre medieval tuviera salvación, necesitaba del auxilio de la Divinidad.[8] La dinámica de la sociedad y la civilización medieval es el resultado de una serie de tensiones: entre Dios y el hombre, el hombre y la mujer, la riqueza y la pobreza, la razón y la fe entre muchas otras, pero una de las principales es la que se produce entre el cuerpo y el alma. Es por tal razón que para los individuos su cuerpo era observado como algo condenado, despreciado y

humillado, que a su vez llevaba a crear supersticiones causando sentimientos de horror en su propio cuerpo.

El dolor por lo tanto se concebía como un castigo divino que acompañaba a las enfermedades, se vivía como una penitencia para curar el alma. Además, se vinculaba el dolor corporal con los sufrimientos de Jesús en la cruz. El dolor se utilizaba como castigo o tortura (principalmente mediante las formas observadas por la Santa Inquisición, como los azotes a quienes eran considerados herejes), convirtiéndose en una señal interna y externa de la desobediencia del hombre a Dios. Por lo tanto, no era viable a la luz de la sociedad someter el cuerpo a suspensiones o modificaciones corporales, puesto que no podía interpretarse en ningún momento como un signo de fuerza, valentía o inclusión a la cultura. En esta época la única fuerza era la de Dios creador.

Si bien esta concepción se ha mantenido vigente en algunas concepciones del cuerpo en la modernidad, también se han registrado modificaciones en la manera de concebirse como individuo, el ser uno mismo antes de ser miembro de una comunidad; el cuerpo se convierte en la frontera precisa que marca la diferencia entre un hombre y otro. La estructuración individualista progresa lentamente en el universo de las prácticas y de las mentalidades a partir del Renacimiento. Al mismo tiempo, el retroceso y el abandono de la visión teológica del cristianismo de la Edad Media ha conducido al hombre a considerar al mundo que lo rodea como una forma pura, indiferente, una forma vacía que sólo la mano del hombre, a partir de este momento, puede moldear.

La cultura moderna, occidental e industrial, es consecuencia de todo lo que se ha vivido a lo largo de la historia, puesto que ésta ha construido lo que vivimos y adolecemos actualmente. Nuestra cultura piensa en el dolor como un problema médico, como un asunto que obedece a leyes anatómicas y fisiológicas; deja de tomarse en cuenta que la cultura, las experiencias y nuestras creencias personales replantean la experiencia del dolor, que éste no se reduce a un código de impulsos nerviosos, sino que contiene en lo más íntimo un significado. No se trata de rechazar los conocimientos biomédicos, sino de enriquecerlos con las voces de los pacientes y de otras no médicas que quedan al margen. Se piensa que por tales razones, así como anteriormente la cultura intervenía para aprender a controlar individualmente el dolor, en la actualidad se busca abandonarlo lo más pronto posible.

Considero que el dolor nos da vitalidad, ya que nos replantea como seres humanos; el dolor nos interioriza hasta el límite, lo que replantea de este modo nuestra existencia en el mundo. Ante esta situación, en la época posmoderna han surgido diferentes subculturas que buscan replantear su individualidad mediante prácticas que adhieren el dolor a su experiencia. Por lo que podemos observar, muchos de estos grupos son minoritarios, pues muchos funcionan como contraculturas que buscan vivir y sentir de manera diferente a los regímenes políticos y hegemónicos que buscan formarnos un cuerpo universal.

Como sabemos, la posmodernidad está impregnada de nuevos adelantos tecnológicos e industriales que han fomentado en gran medida el que nos olvidemos de nosotros mismos. Así como negamos el dolor, también negamos nuestro cuerpo tanto en su conocimiento como en la experiencia corporal. Las fuentes externas como los medios de comunicación, nos han quitado identidad y la capacidad de recrearnos a nuestro antojo; por lo cual, algunos individuos se ven en la necesidad de hacer uso de su cuerpo

para sentirse vivos y realizar ciertas prácticas a voluntad propia. El cuerpo hoy en día se ha convertido en un producto del consumismo, el cual pretende hacerlo uniforme, llevándonos a sentir cómo se nos escapa, al no tener un cuerpo como quisiéramos y darnos cuenta de que se convierte en producto moldeable de la sociedad. Por lo tanto llegamos a considerarlo despreciable ante una sociedad que pretende igualarnos, tal vez por ser un espacio finito en el cual no merecemos tener voz, además de sufrir la enfermedad, la vejez y las miles expresiones que se han convertido en defectos físicos (tales como la gordura, alguna discapacidad, algún defecto, etc.), los cuales nos llevan a querer escapar de nuestra envoltura.

El cuerpo es por lo tanto una experiencia que circula más allá de las fronteras de lo anatómico, pues denota una expresión cultural y social a través de las cuales podemos identificarnos. En esta era posmoderna nos encontramos inmersos en un proceso de desidentificación, al fragmentar nuestra propia identidad consecuencia de una cultura de masas. Por estas razones podemos decir que varios grupos denominados hoy en día “tribus urbanas” o “modernos primitivos”, buscan en la modificación corporal una nueva manera de sentirse vivos, únicos y mostrar que el dolor es una vía para recuperar lo que hemos perdido, una alternativa para experimentar plenamente nuestro cuerpo y dotar nuestra experiencia de todos los sentidos.

Gracias a esto podemos concluir que nuestro cuerpo está sujeto a normas que determinan el grado de interés de lo que el cuerpo puede comunicar de manera no verbal; asimismo, las sensaciones que debe tener y la intensidad con que debe sentir las están regidas por normas sociales. Un ejemplo de esto es la manera de caminar, vestir, decorarse, maquillarse, gesticular y expresar las sensaciones del cuerpo. También se involucra la manera de vivir el dolor, porque la cultura induce a los individuos a modificar su cuerpo bajo las reglas sociales que están operando. En nuestra época se viven todos estos cambios de manera contracultural, ya que la sociedad dominante no acepta estas prácticas, por lo que se asumen como una alternativa para la expresión por medio del cuerpo, dejando de lado la experiencia dolorosa como algo negativo y satanizado por la misma sociedad, en tanto que la modernidad ha tejido solo un vínculo indisoluble entre enfermedad y dolor. De esta manera, estos grupos subalternos contribuyen a dejar de negar la experiencia corporal y crear así lo que denominan “comunidades de sentido”.

Bibliografía:

Catalán Vitrina, J. Luis. Psicología del cuerpo. Ed. Trac. Disponible en: <http://www.cop.es/colegiados/A-00512/psico.cuerpo.html>

Gomina, Herrera Celida. La teoría de género en la perspectiva fenomenológica del cuerpo vivido. México, 2001.

Pera, Cristóbal. El cuerpo espacio del dolor. pp.4 Disponible en: <http://www.culturalandia.com/images/docs/espaciodolor.pdf>

Le Bretón, David. Adios al cuerpo. Edit. La Cifra. México, 2007.

Ganter, Solis Rodrigo. Cuerpos suspendidos: Cartografías e imaginarios de la piel en jóvenes urbanos. Ed. Polis, Vol.4, No. 011, Santiago Chile, 2005.

Negishi, Analía. “Cuerpo y modernidad”. Buenos Aires: 2005. Disponible en: <http://www.temakel.com/histcmodernidad.htm>

Morris, David. La cultura del dolor. Ed. Andrés Bello. Santiago de Chile, 1993.

Notas:

[1] Catalán Vitrina, J. Luis. Psicología del cuerpo. Ed. Trac. Disponible en: <http://www.cop.es/colegiados/A-00512/psico.cuerpo.html>

[2] Dembo e Imbelloni, 1938

[3] Gomina, Herrera Celida. La teoría de género en la perspectiva fenomenológica del cuerpo vivido. México:2001

[4] Pera, Cristóbal. El cuerpo espacio del dolor. pp.4 Disponible en: <http://www.culturalandia.com/images/docs/espaciodolor.pdf>

[5] Le Bretón, David. Adios al cuerpo. Edit. La Cifra. México: 2007. pp.224

[6] Ganter, Solis Rodrigo. Cuerpos suspendidos: Cartografías e imaginarios de la piel en jóvenes urbanos. Ed. Polis, Vol.4, No. 011, Santiago Chile: 2005, p.4

[7] Deseo ansioso de bienes materiales. Apetito desordenado de placeres sensuales o sexuales, abandonado en el vicio.

[8] Negishi, Analía. “Cuerpo y modernidad”. Buenos Aires: 2005. Disponible en: <http://www.temakel.com/histcmodernidad.htm>